

Chanchohito



EL DIBUJO PARA LOS NIÑOS

con lápices y cajitas de colores que vende EL MENSAJERO, es el pasatiempo más agradable y útil.

En la misma Librería y Papelería, es la agencia de *Billiken* y *Marilú*, las mejores revistas argentinas para niños.

EL BANCO DE LA REPUBLICA

interesado en facilitar a la juventud la consulta de obras sobre cuestiones económicas y financieras, y aumentar en la generalidad de las gentes la afición por este género de estudios, ha resuelto abrir para el público la BIBLIOTECA DEL BANCO, que está siendo provista de las obras nacionales y extranjeras de mayor actualidad.

HORAS DE LECTURA:

DE 2 A 4 Y MEDIA P. M.,
TODOS LOS DIAS,
EXCEPTO LOS SABADOS
Y DOMINGOS

Estufitas eléctricas de verdad !

Para la cocina
del muñequero

*Pídele a tu mamá que te
lleve a verlas al almacén de la*

Energía

Calle 13, No. 10-69

UNA BUENA IDEA

El niño que colecciona estampillas desea saber, y sabe más, acerca del mundo, que uno que no colecciona. La Geografía, la Historia, la Botánica, las monedas y muchas materias más útiles le son familiares en poco tiempo por medio de este pasatiempo.

Todas las autoridades educacionistas más adelantadas están de acuerdo en que el coleccionar estampillas ayuda al niño a formar hábitos de pulcritud, orden y economía.

Paquetes desde 50 hasta 1.000 estampillas diferentes, desde \$ 0.25. Álbumes de todos tamaños. Catálogos de precios franceses y americanos y toda clase de accesorios para filatelistas.

LISTA DE PRECIOS A QUIEN LA SOLICITE

AUGUSTO DUFFO

BOGOTA

CALLE 12, NO. 6-47 - APARTADO 245

PARA LOS NIÑOS

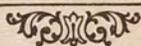
EL MEJOR
RECONSTITUYENTE

EXTRACTO
DE
MALTA DE

BAVARIA

Con licencia de la Comisión
de
Especialidades Farmacéuticas.

ARTICULOS DE PINTURA



COLORES AL OLEO

COLORES A LA ACUARELA

COLORES PARA ANUNCIOS

COLORES PARA PINTAR SOBRE TEJIDOS

TIZAS PARA PINTAR AL PASTEL

TIZAS AL OLEO

PAPELES, PINCELES,
PALETAS, LAPICES, ETC.

OPTICA ALEMANA

SCHMIDT HERMANOS

CALLE 12, NUMERO 176

¿Quieres que te duren las ondas del peinado?

*Díle a tu mamá
que las rocíe con*
Loción Poppy

**Tiene un perfume
delicioso**

La vende
baratísima

la PERFUMERIA de CUNDINAMARCA

Calle Real con calle 15
BOGOTA

LEER ES ILUSTRARSE

ILUSTRARSE ES CONTRIBUIR
AL ENGRANDECIMIENTO DE
LA PATRIA

BIBLIOTECA INFANTIL

ALLI ENCUENTRAN LOS NIÑOS ESTAS OBRAS:

Pelusa, por el Padre Luis Coloma.

Historia Sagrada, por el Padre Pedro Gómez.

Fábulas Literarias de Iriarte.

Fábulas de Samaniego.

Fábulas de Lafontaine, traducidas al castellano.

La Pista del Tesoro, por R. L. Stevenson.

La conquista del Fuego, por J. H. Rosny.

Vida de Bolívar, por Simón Latino.

Alicia en el país de las maravillas, por Lewis Carroll.

Robinson Suizo, por Rodolfo Wyss.

Mi Libro favorito, por S. H. Hamer.

Y muchas novelas de aventuras, narraciones, libros de ciencia y de arte escritos especialmente para los niños.

HORAS DE LECTURA:

DIAS MARTES A SABADO, DE 9 A.M., A 12 M., Y DE
2 1/2 P.M., A 5 P.M.

DOMINGOS, DE 10 A.M., A 12 M.

LUNES NO SE ABRE.

CHANCHITO

REVISTA ILUSTRADA PARA
NIÑOS

APARECE LOS JUEVES

Directora, Mercedes Caro

ADMINISTRACIÓN:

Calle 57 - 8-13—Tel. 82 Ch.



VALOR DEL EJEMPLAR EN
TODO EL PAIS \$ 0.10

SUSCRIPCIONES:

3 meses (13 Nos.) \$ 1.20
6 meses (26 ") \$ 2.30
1 año (50 ") \$ 4.50

Por correo: Apartado 385

Por telégrafo: **Chanchito.**

VOLUMEN II

BOGOTA, JULIO 5 DE 1934

NUMERO 46

UN HECHO HEROICO

UN PROCEDER INFANTIL DE LA INDEPENDENCIA

Esto sucedía en 1816 bajo el régimen del Terror implantado por el pacificador Morillo, soldado intrépido pero excesivamente cruel y sanguinario, a quien el Monarca español había enviado con un poderoso ejército a someter las provincias del Nuevo Reino que, rebelándose contra la autoridad de la Corona, habían proclamado la Independencia. La República había sucumbido, el ejército no existía y la causa de la libertad parecía definitivamente perdida. De los patriotas granadinos, unos habían sido fusilados, otros llenaban las cárceles demasiado estrechas para contenerlos, y muchos estaban escondidos o andaban prófugos. Entre estos últimos se encontraba el valiente y acaudalado Comandante José Antonio Olaya, quien, perseguido de cerca por las tropas españolas, vagaba por las selvas con sus hijos, llevando una existencia de constante zozobra y peligros.

Una noche, en la hacienda de los Saltones, cerca de la población de La Mesa de Juan Díaz, un pelotón de realistas sorprende y apresa al joven Andrés Quijano, oficial de órdenes del Comandante Olaya, y al hijo mayor de éste, Francisco Julián,

niño que contaba entonces exactamente 12 años y 3 meses, héroe principal de esta historia. Los prisioneros son conducidos ante un tribunal y sometidos a un interrogatorio para que declaren el lugar donde se esconde Olaya. Francisco Julián, crecido en medio de los azares de la guerra, sabe perfectamente que si guarda silencio será sacrificado, a pesar de sus cortos años, y sin embargo, tiene el valor sublime de callar, para salvar la vida de su padre. Poco después un redoble de tambor convoca a los habitantes de La Mesa de Juan Díaz y un oficial lee la siguiente atroz sentencia:

“El menor Francisco Julián Olaya, por ser hijo del rebelde traidor José Antonio Olaya, quien tantos males ha hecho a la causa del rey nuestro señor, y por negarse obstinadamente a decir el paradero de aquél y el de sus hermanos; y Andrés Quijano por rebelde en armas contra nuestro amado y caritativo Fernando, han sido condenados a muerte. Después de arcabuceados serán ahorcados y sus miembros durarán expuestos al público, para escarmiento de sus compañeros rebeldes, por ocho horas”.

Los condenados pasan en capilla la noche del 6 de octubre, y al día siguiente muy temprano son conducidos al lugar del suplicio. Entre las personas piadosas que, con el corazón destrozado, acompañan el cortejo, se encuentra la madre de Francisco Julián, quien ha sido llevada expresamente desde Cipacón y obligada contra toda ley, a presenciar la ejecución de su hijo. El padre Mayorga, después de prestar los últimos auxilios al mozo y al niño, se dispone a retirarse, para dejar libre el paso a las balas, cuando alcanza a divisar entre la multitud a aquella madre, petrificada de dolor; dirigiéndose entonces al oficial que manda la escolta, le dice: "Sé que habéis recibido facultades extraordinarias del General Enrile: tened piedad

de esa mujer y disponed que sea retirada". El oficial accede, y pocos momentos después los dos héroes caen acribillados a balazos....

El hallazgo de esta página de oro del heroísmo infantil se debe a mi amigo don Daniel Arias Argáez, miembro muy distinguido de la Academia de Historia, quien ha tenido la fineza de comunicármela para que la haga conocer en esta revista. Yo quiero pedir a quienes la lean que refieran el hecho a sus maestros, que lo divulguen en sus casas y entre sus amigos y lo copien e ilustren en sus cuadernos de historia, para que se grave muy hondo en las conciencias de los niños el nombre y el ejemplo de Francisco Julián Olaya, prócer infantil de la Independencia, muerto por su padre y por su patria.

MI BUQUECITO

(Traducción libre de la poesía "Mon petit Voilier", de que es autor el niño belga Guy Dessicy, de nueve años).

Sobre la espuma que se irisa,
mi buquecito de papel
espera el soplo de la brisa,
con impaciencia de corcel.

Es copia exacta del modelo
que trae la página infantil
de una revista. Papá abuelo
me ayudó a hacerlo: gracias mil.

En el momento en que mi mano.
suelta la amarra, de un clavel
cae un minúsculo gusano
y yo lo nombro timonel.

Y adiós! A velas desplegadas,
flotando al viento su pendón,
parte a comarcas ignoradas
como las naves de Colón.

Hojas cubiertas de rocío,
un débil junco, una raíz,
son arrecifes que el navío
salva con éxito feliz.

Ya se detiene, ya se pierde
tras un tupido matorral,
ya pasa airoso ante la verde
mole de un sapo colosal.

Y avanza, gira, se desvía
y el rumbo cambia, sin cesar,
y el timonel que es buen vigía
desde la proa otea el mar.

Pero qué ocurre, qué sucede?
Por qué se inclina? Santo Dios!
El mástil cruje, el casco cede
y, lleno de agua, se abre en dos.

En un segundo, ante mis ojos,
se traga el sapo al timonel,
y el mar devora los despojos
del buquecito de papel.

MICAELA

ESPADAS Y CORAZONES

(POR EDMUNDO DE AMICIS)

(Continuación).

Una idea terrible le pasó por la cabeza: ¡Escribe su testamento! Tuvo de pronto certeza absoluta de ello. Sí, él estaba haciendo aquella cosa terrible. Su padre tenía el presentimiento de la muerte, y se preparaba a morir. Y ante este pensamiento sintió una pena y una ternura infinitas. ¡Su padre, todavía tan joven, tan bueno, que había rodeado su infancia de tiernos cuidados, que había trabajado tanto para él, que dedicaba todos los momentos libres en instruirle, en divertirlo, y que cada día buscaba y encontraba algo nuevo con qué hacerle más hermosa la vida! Y de recuerdo en recuerdo, remontándose, hasta los comienzos de su memoria, fue recorriendo todas las pruebas de afecto que le había dado, se representó en los momentos en que le había parecido más respetable y más cariñoso, volvió a ver sus sonrisas, a oír sus palabras, a sentir sus caricias, y, llegando al término de aquella carrera del pensamiento, al encontrarse con su imagen tendida en tierra y ensangrentada, sintió que el dolor le oprimía más violentamente que al oír la primera funesta noticia, y rompió a llorar amargamente.

Al fin, el cansancio, que las emociones profundas del día habían producido en él, venció la angustia, y no obstante todos sus esfuerzos por resistir al sueño, éste lo rindió.

Tuvo un sueño.

Soñó que llovía furiosamente, que tronaba y relampagueaba. El solo se hallaba en la casa; pero en una habitación que no había visto nunca. Entre un trueno y otro, y alguna vez confundida con el trueno, oía la voz de su padre que lo llamaba, como pidiendo auxilio: ¡Arturo! ¡Arturo! ¡Hijo mío! Mas él no comprendía de dónde podía venir aquella voz, porque al mismo tiempo le parecía cercana y remota, que venía del piso superior y del inferior, del interior de los muros y de debajo de los muebles, de

las terrazas y del aire. Se lanzó a la habitación inmediata y siguió gritando: ¡Arturo! ¡Arturo! ¡Hijo mío! Le pareció que la voz huía de delante de él. Se puso a recorrer la casa, corriendo por un laberinto de habitaciones desconocidas, ora oscuras como subterráneos, ora iluminadas por relámpagos; anduvo largos pasadizos, por salas vastísimas, cuyas cristalerías hacía retemblar el trueno incesante, y donde con gran sorpresa suya tropezaba en matorrales y en troncos de árboles y sentía hierba y piedras bajo sus pies; y siempre se oía llamar: ¡Arturo! ¡Arturo! ¡Hijo mío!, con una voz cada vez más suplicante, cada vez más débil, cada vez más lejana. Apoderóse de él la desesperación, se dió a correr sin tino, sollozando: ¡Padre! ¡Padre! ¿Dónde estás? ¿Dónde estás...? Al fin cesó el trueno, siguió un silencio profundo, y en la muda oscuridad, no interrumpida ya por relámpagos, sintió un paso ligero que se acercaba...

Apenas tuvo tiempo para echarse encima la ropa de la cama: su padre apareció en el umbral de la puerta.

Venía a darle el beso de despedida.

El fingió que estaba dormido; oyó que se acercaba de puntillas a su cabecera.

Le asaltó una violenta tentación de echarle los brazos al cuello.

Pero comprendió que si lo hubiera hecho, rompería a llorar y habría descubierto el secreto. Con un vigoroso esfuerzo de toda su alma y de todos sus nervios, se contuvo y simuló la respiración seguida y regular del sueño.

Sintió la boca de su padre en la frente.

Tembló todo su sér; pero logró vencerse.

Su padre se alejó como una sombra.

* * *

No habría llegado a la mitad de las escaleras, y ya Arturo, que se había vestido como un relámpago, se encontraba en el descansillo de arriba. En el momento en que su padre salía del portal, él bajaba el

último peldaño, y desde allí, alargando la cabeza, vió a la luz incierta del alba un carruaje parado al pie de la acera, y tres señores al lado de la portezuela, los cuales saludaron a su padre y subieron con él. El cochero fustigó al caballo, e coche partió y él lanzóse detrás, agarrándose al eje de las ruedas.

El caballo iba al trote lento: lo podía seguir sin esfuerzo. Dio la vuelta por la calle Cernaía y a los pocos momentos entró en la carrera de Vinzaglio. Su primer pensamiento fue quién podría ser el tercero de aquellos señores que habían subido en el carruaje con su padre. Que debían acompañarle los dos padrinos, lo sabía: pero, ¿quién era el tercero? Se le ocurrió que fuera el médico: mas no insistió en aquel pensamiento. Era una hermosa mañana de primavera, límpida y llena de fragancias campestres. La ciudad adormecida aún, con las calles desiertas y las tiendas cerradas, presentaba el aspecto triste de una ciudad deshabitada, y las pisadas del caballo y el ruido de las ruedas resonaban en aquella soledad silenciosa como bajo una gran bóveda invisible. En el cruce del Corto Oporto atravesó la calle otro carruaje, cuyo cochero gritó, poniéndose en pie sobre el pescante: —¡Eh, compañero! ¡llevas carga gratis!— y casi en el mismo instante Arturo recibió en la cara un trallazo, que el “compañero” le había sacudido girando hacia atrás el brazo. Sintió un escozor agudo: pero aun le quemaba más la vergüenza. Comenzaban a pasar algunos obreros, a abrirse algunas ventanas: le parecía que todos se le quedaban mirando, que le tomaban por un pilluelo vagabundo y que gritaban: —¡A la trasera!— Corría a trechos con la barba apoyada sobre el pecho, sin ver a los transeúntes ni a los árboles más que como sombras fugitivas enlodándose en los baches que había formado la lluvia, fijando su mirada en el número del coche como para tener recogida en él toda la atención de su mente y no pensar en otra cosa.

Al dar la vuelta desde el Corso Vinzaglio al corso Duque de Génova, el caballo tomó un trote más rápido, y él comenzó a sentir cansancio y que gruesas gotas de sudor le

corrían por la frente y sienas. Le fatigaba sobre todo el estar encorvado con las manos en el eje, que era demasiado bajo, y probó agarrarse a las ballestas, pero se cansó más porque tenía que estar con los brazos demasiado abiertos y aquella postura le oprimía la respiración: y volvió a apoyarse como antes. Cuando el carruaje dio vuelta sobre la derecha hacia el Corso Humberto, comenzó a temer que le faltasen las fuerzas para poder seguir así un largo trayecto. Recogió, sin embargo, todo su vigor y sus ánimos y siguió corriendo. Creía que si se paraba, sería un siniestro presagio; que si su padre marchaba adelante sin él, iría ciertamente a la muerte. El sudor bañaba todo su cuerpo, saltábale el corazón dentro del pecho, y su respiración parecía el soplo de un fuelle. Pensaba que su pobre padre estaba allí, a tres palmos de su cabeza, que no les separaba más que una delgada pared de madera, y, sin embargo, le parecía tan alejado y como separado de él por una muralla enorme y por un abismo insuperable. Y se preguntaba a sí mismo si pensaría en él en aquel momento, e imaginaba los tristes pensamientos y la dolorosa angustia que debían oprimir su corazón; y, anhelante, dando saltos a cada sacudida del carruaje, moviendo continuamente las manos del eje a las ballestas y de éstas a aquél, doblándosele las piernas y enderezándose con un esfuerzo más penoso, repetía para sí: —No, no; no te abandonaré, padre mío... no dejaré que te hieran... antes caeré exánime en medio del camino... Te salvaré o moriré... ¡Animo, padre mío! Tu Arturo está a tu lado... ¡Oye mi corazón que late cerca del tuyo...! ¡Oye la respiración de tu hijo que te acompaña!

* * *

Dentro del coche, entretanto, su padre callaba y pensaba. A su lado iba el médico, rubiote corpulento que parecía adormecido; y enfrente, los dos padrinos, abogados barbudos y graves como de cuarenta años, pero con aquella falsa gravedad con que los padrinos tratan por lo común de disimular a los demás y a sí mismos la inquietud de conciencia que produce el ser cómplices de

un acto insensato y salvaje. El abogado Pizoni pensaba en su mujer, a quien había engañado; en su hijo, al cual, casi a traición, le había dado el último beso: pensaba que había huído de su casa como un ladrón, y que quizá lo era realmente, porque podía ocurrir que, saliendo a escondidas de aquella casa, se hubiera llevado la felicidad, la paz, el bienestar, el porvenir de su hijo y también la salud y aun la vida de la madre.

Por vez primera preguntó a su propia conciencia si tendría derecho para disponer de aquel modo de la existencia y de la fortuna de la mujer y del hijo que había traído al mundo, jurando por su honor protegerles y consagrarles todo su sér.

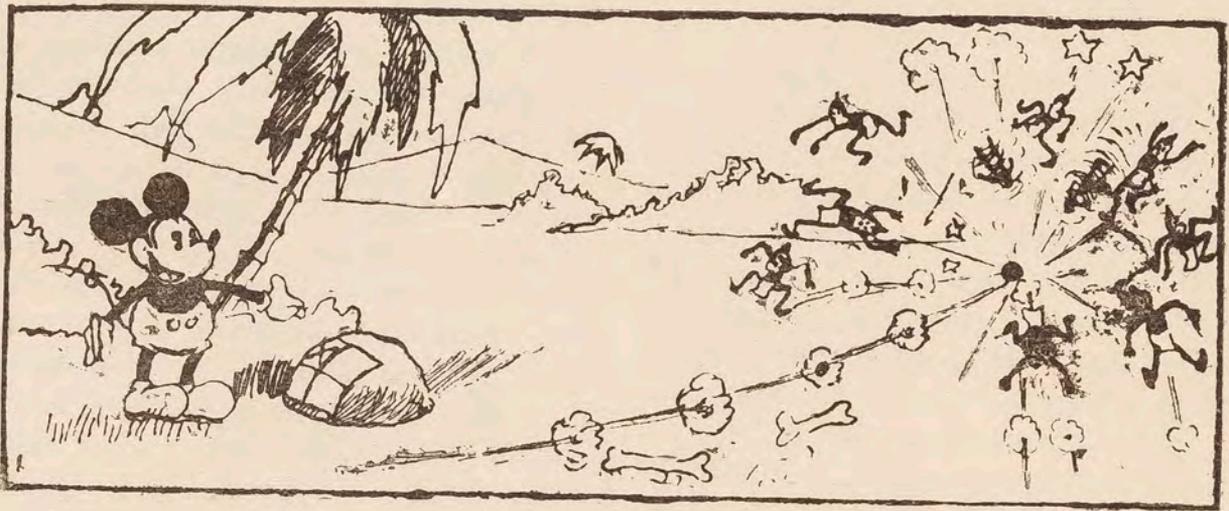
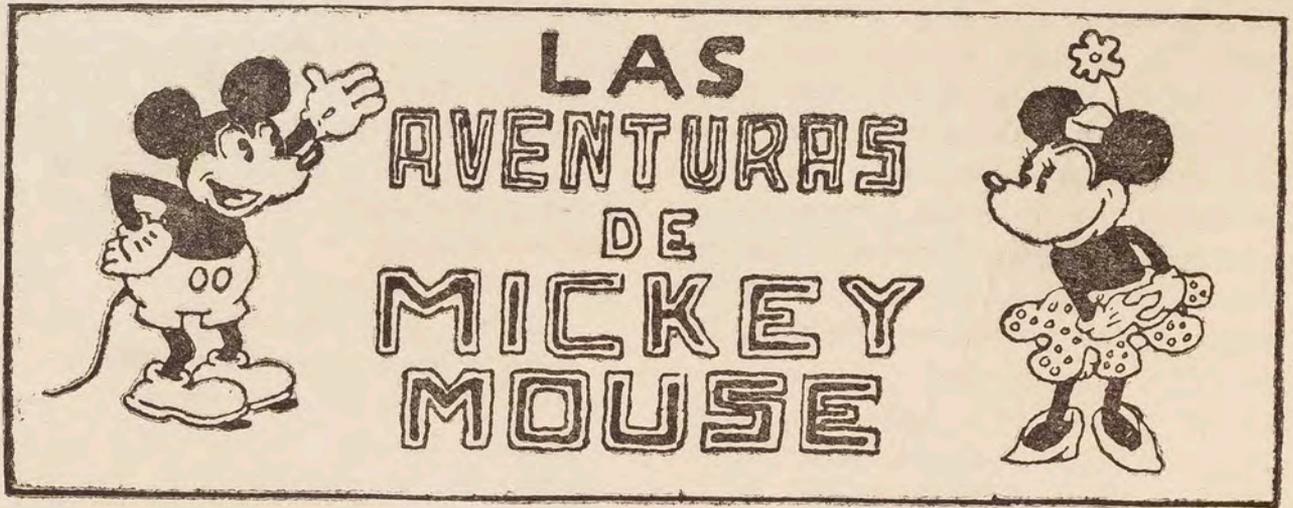
La voz solemne de la conciencia le contestó: —No, tú no tienes este derecho, porque tu vida no te pertenece. No, tú no debías hacer lo que vas a hacer, porque es una acción desleal y cruel hacia los tuyos, bárbara ante la civilización, estúpida ante la razón, inicua ante la ley de Cristo.— ¿Y qué debía hacer? —volvió a preguntarse, defendiéndose de la propia conciencia—. No debías ultrajar al amigo. Le has ultrajado y le debías una reparación. Y la reparación que le debías era la de humillar, la de castigar tu orgullo, de donde brotó el ultraje; no la de echar a la suerte dos vidas que están ligadas a la tuya, pero que no son cosa tuya. No, no más que por salvar tu orgullo pones una y otra en peligro; porque te falta el noble valor de pedir perdón y tienes en cambio el valor malvado de arrojar la desesperación en tu casa, y por parecer un hombre valiente, no te importa ser un marido y un padre despiadado; cubres con la máscara del caballero un egoísmo feroz; tu valor no es más que debilidad violenta; te es más fácil ser sanguinario que generoso; prostituyes el alma por salvar el amor propio. Véte, pues, bátete, házte matar, y que tu mujer y tu hijo paguen por toda su vida, con la miseria y con el llanto, una palabra insolente que la ira arrebató de tus labios y que tú no quisiste retirar por soberbia. ¡Bellaco!

No encontró razones que oponer a estas palabras; cerró los ojos fingiendo adormecerse y pensó con profunda tristeza en su hijo, que estaba precisamente en la edad en que más necesario había de serle el consejo y la ayuda del padre, que era inteligente y estudioso, pero de alma excesivamente sensible y de imaginación muy excitable; sano y hermoso, de carácter vigoroso y resuelto, pero de complexión endeble, a quien debiera haber preservado con gran cuidado de toda emoción fuerte, porque podría serle funesta. Y lejos de eso, estaba a punto de proporcionarle la más terrible de todas, como era el ver que le llevaban a casa a su padre con una mano cortada, o con la frente herida, talvez moribundo y quizá muerto!

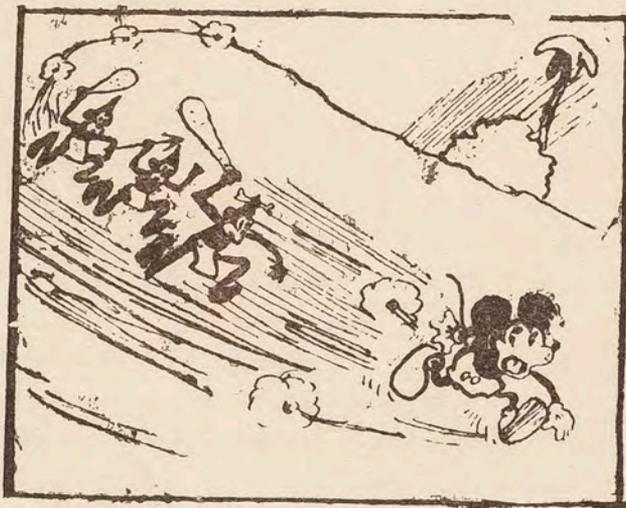
Un atroz remordimiento traspasó su corazón ante aquella idea y, abriendo los ojos, en una violenta sacudida del carruaje, vió la plaza de armas, que atravesaban al trote, y se acordó de tántas veces como había llevado a corretear por aquella llanura verde a su Arturo siendo niño, y le vinieron con viveza a la mente su aspecto infantil, sus graciosas actitudes, las voces de alegría y su adorable medialengua, mezcla de piemontés y de italiano, que apenas balbuceaba entonces, y el inmenso gozo que sentía cuando corriendo tras él, le cogía en sus brazos después de dejarse alcanzar. Una oleada de ternura invadió su sér ante aquellos recuerdos, inundando su alma de compasión tan repentina e impetuosa, que tuvo que morderse los labios para tragarse las lágrimas que le hubieran avergonzado. Juró en su interior que si escapaba con bien de aquel duelo, jamás, nunca en su vida volvería a poner en semejante trance a los suyos, ni a su alma en una tortura tan cruel.

—Perdóname por esta vez —dijo para sí— ¡una sola vez habrás de perdonarme, hijo mío! ¡Jamás volverá tu padre a jugar con la punta de la espada tu salud y tu corazón! Y por esta vez, Dios me proteja por amor tuyo, mi bueno, adorado y pobre Arturo.

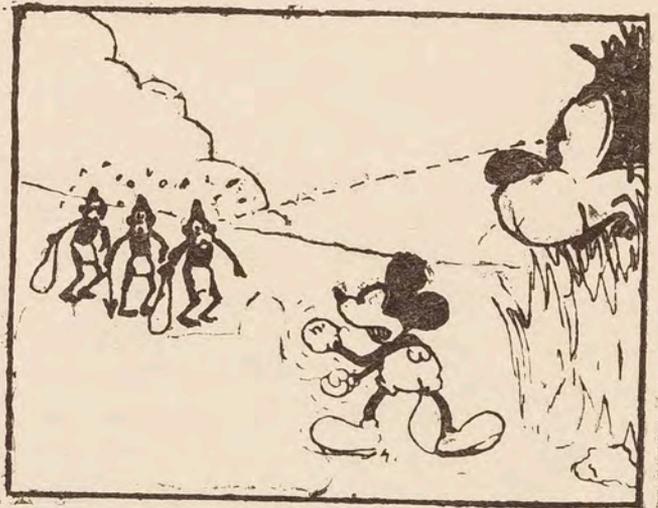
(Continuará).



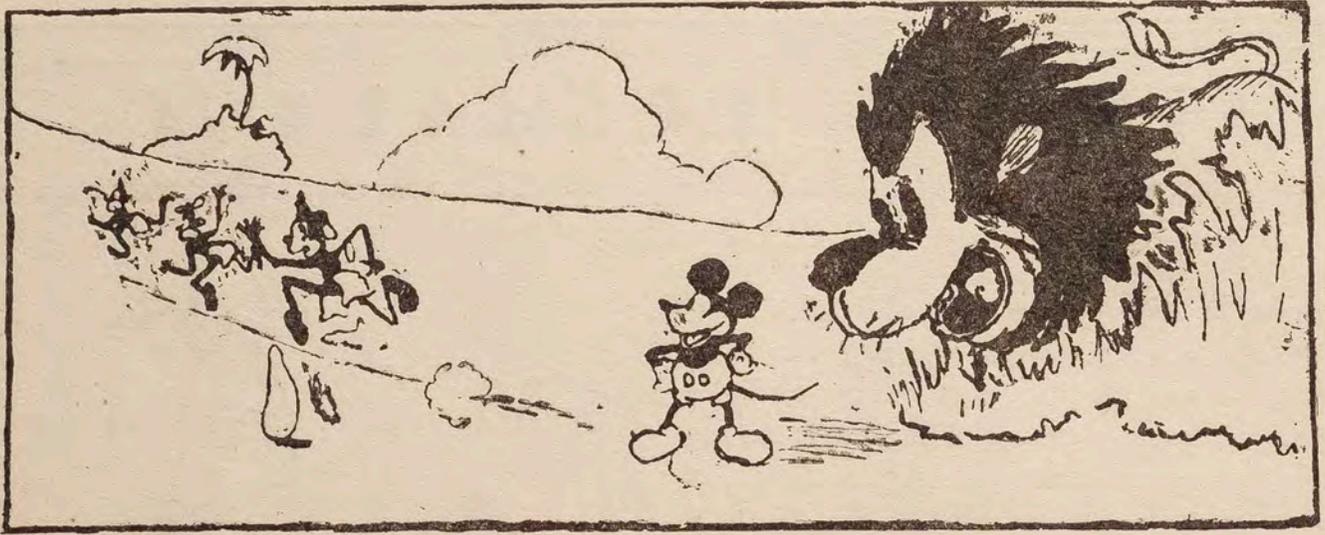
68.—Que lanzo como una bomba. Pataplún! La explosión proyecta a los salvajes en todas direcciones. Soy un as como artillero.



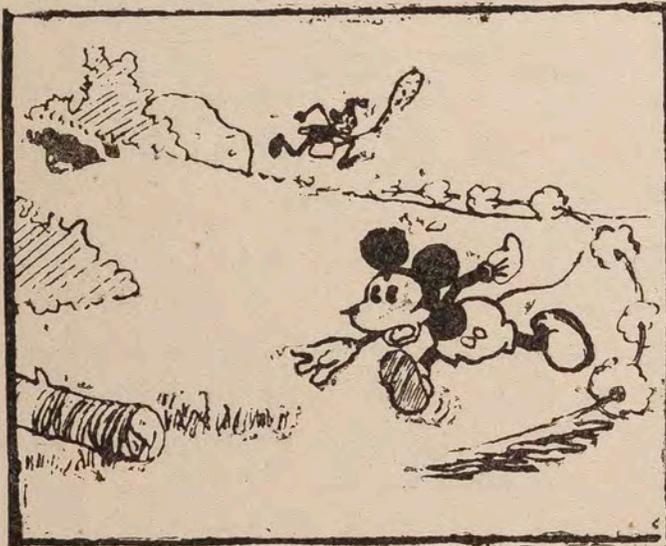
69.—Coracoles! Nunca podré des-
embarazarme de estos tíos?



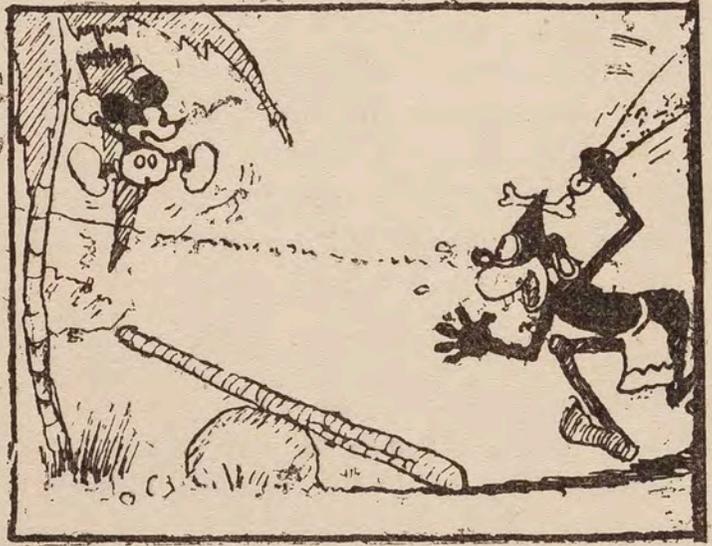
70.—Aquí los aguardo a pie firme,
para que vean con quién tratan.



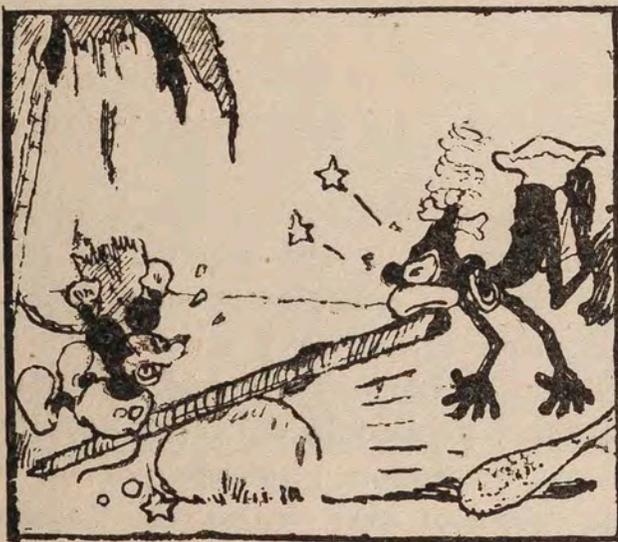
71.—No hay nada más bello que el valor y la voluntad de vencer. Anotaré este admirable pensamiento en mi carnet.



72.—Ah! Ya estoy harto de tanta carrera. Voy a acabar por coger una enfermedad del corazón.



73.—Ahora me dejo caer sobre este tronco colocado providencialmente.



74.—Atención, mi viejo, vas a estropearle la dentadura, y la cuenta del dentista será mayúscula.



75.—Se ha dormido y ronca como un bendito. Voy a amarrarle su lanza al pie. Y ahora, tóma.



SIMBAD EL MARINO

(Conclusión).

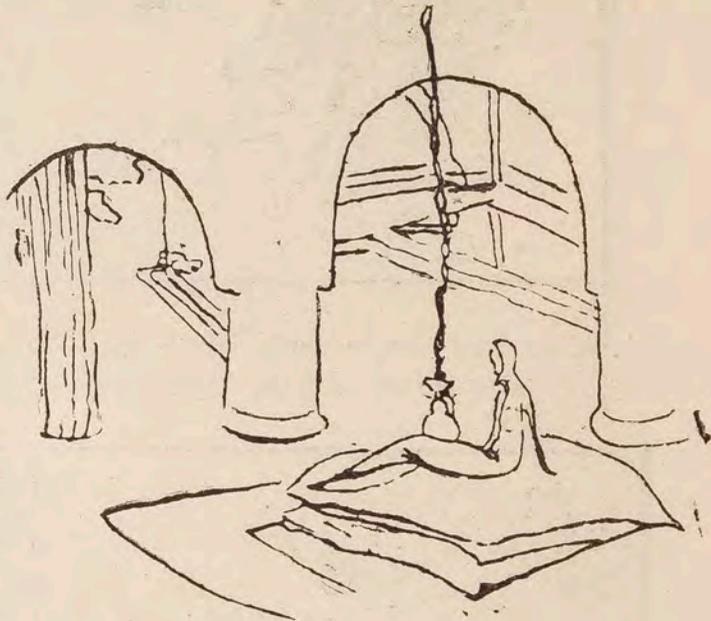
Cuando le dije que era el ejercicio favorito de mi juventud, me entregó un arco y flechas y me hizo montar en su elefante de caza. Llegamos a una selva distante de la ciudad y nos internamos en ella. Allí nos apeamos, y me ordenó subir a un árbol y desde allí tirar cuando pasase algún elefante, con orden de ir en seguida a avisarle si mataba alguno. Después me dejó víveres para algunos días y regresó a la ciudad.

A la mañana siguiente, cuando el sol ponía un tinte rosado sobre la selva irisada de rocío, pasó por allí una gran manada de elefantes. Tuve tanto acierto que al primer disparo cayó uno por tierra. Huyeron los demás con pesado trote cobarde, y fui en seguida a avisar a mi patrón.

Me hizo dar una buena comida y alabó mi destreza. Volvió conmigo a la selva y entre los dos abrimos una zanja y enterramos al animal, para que se pudriera y poder retirarle los colmillos cuando hubiese lugar.

Durante dos meses seguí de caza y cada día mataba un elefante. Pero una mañana, cuando llegó la manada, en vez de pasar de largo, se dirigieron hacia mí con un horrible estrépito. Acercáronse al árbol donde estaba subido y formaron un círculo con la trompa extendida y los ojos terriblemente fijos en mí. Tan espantado quedé, que dejé caer el arco y las flechas, quedando indefenso.

Así permanecemos por un largo espacio, hasta que el más viejo de los elefantes abrazó el árbol con la trompa, y de un poderoso esfuerzo lo desarraigó, arrojándome por tierra. Caí con el árbol, y uno de los animales me cogió con la trompa y me cargó sobre su espalda, en la que me acurrulé, más muerto que vivo. Luégo se puso a la cabeza de todos los demás, me llevó a una colina, me dejó en tierra y se marchó, seguido de todos los otros, sin hacerme nada.



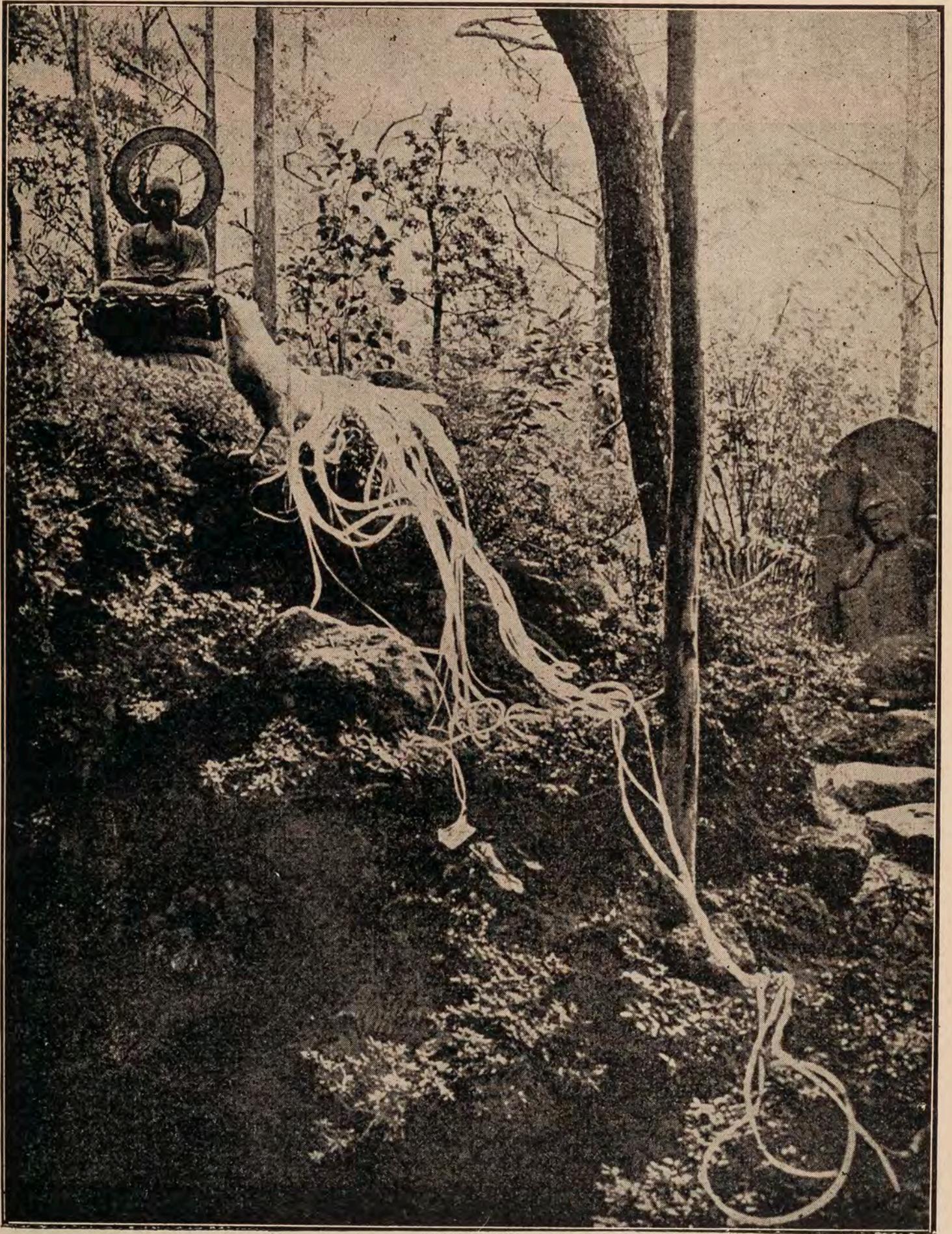
Quedé algún tiempo exánime y sin atreverme a mover una mano siquiera, y cuando por fin me levanté vi que me hallaba en un lugar enteramente cubierto de huesos y de colmillos de elefante, porque sin duda era aquél su cementerio.

Admiré el instinto de aquellos animales, que me habían llevado allí sin duda para que dejara de perseguirlos para apoderarme de su marfil.

Día y noche caminé a través de la selva, para ir a avisar a mi amo de mi valioso hallazgo y extraña aventura, y en toda la selva no vi un solo elefante, pues sin duda se ocultaban para que pudiera volver sin obstáculo.

—Mi pobre Simbad —exclamó mi buen amo al verme—, y qué inquieto he estado por tu vida! He estado en la selva, y he visto un árbol arrancado y un arco con sus flechas en el suelo. Te busqué inútilmente, y ya había perdido la esperanza de verte a ver, creyéndote pisoteado por los elefantes, que son muy vengativos. Cuéntame por qué milagro estás vivo y sano.

Le rogué que me acompañase al cementerio de elefantes, y allí cargamos numerosas



GALLO JAPONES DE COLA LARGA

Este gallo tiene la cola de más de cinco metros de largo. La selección cuidadosamente verificada durante largos años en la isla de Shikoku, en el Japón, ha dado estos extraordinarios resultados. Los gallos son cuidadosamente tratados para que no se estropeen las hermosas plumas de su cola. La fotografía está tomada en Miyanoshita.

EL SECRETO DEL PORVENIR



Instrucciones en la página siguiente.

EL SECRETO DEL PORVENIR

Pegad las figuras de la página anterior en un cartón fuerte, recortadlas después por las líneas de los cuadros, procurando que no se pierda el número de cada uno, y ya estáis listos para adivinar el porvenir con una precisión maravillosa.

Barajad las pinturas y colocadlas con las caras para abajo sobre una mesa. Preguntad: “¿Quién quiere conocer los secretos que encierra su porvenir?” La persona que solicite este favor debe tocar sucesivamente cuatro cuadros que vosotros tomáis sin que el interesado los vea. El resto de los cuadros se pone aparte, porque no se necesita. En seguida vais tomando cada cuadro, leyendo su número y viendo en la lista que se halla a continuación, el secreto que corresponde a ese número. Esta adivinación debe hacerse con mucho aparato, mucha labia y tomando un aire extraño y misterioso que infunda temor entre los espectadores.

19. Vas a recibir una carta que te hará feliz.
20. Vas a pasar una temporada en el campo.
21. Vas a tener un gran honor.
22. Vas a tener un rato de música y diversión.
23. Vas a hacer un paseo con la familia.
24. Vas a asistir a una boda muy elegante.
25. Vas a recibir una buena noticia.
26. Te van a regalar un libro que puede ser CHANCHITO
27. Te vas a divertir mucho en el agua.

PAGINA PARA COLOREAR

La niña que veis aquí y que parece el Hada del Bosque es una princesa que se llamó Victoria y gobernó a Inglaterra durante más de medio siglo. Por esto debéis ponerle los colores con un gran respeto.

Viene de la pag. 10.

cabalgaduras de colmillos de más de dos pies de largo, y de un precio incalculable, y cuando estuvimos de vuelta en casa me dijo:

—Hermano mío, ya no quiero tratarte como esclavo después de un servicio tan valioso. Dios te colme de suerte y prosperidades. Te doy la libertad. Has de saber que los elefantes de la selva me matan cada año infinidad de esclavos que van en busca de marfil. Allah te ha librado de su furia y eres el único a quien ha concedido esa gracia. Y tú me has traído la fortuna de conseguir todo el marfil que desee sin exponer más vidas, enriqueciendo nuestra ciudad por este medio. Aún me parece poco darte la libertad, y quiero regalarte considerables bienes.

A sus amables palabras respondí conmovido:

—Amo la libertad; si me la concedéis, basta para pagar mis servicios. La única recompensa que deseo es volver a mi país.

—De buen grado lo hago, querido Simbad —respondióme— y así cuando venga Mousa, mi contramaestre, le haré que te lleve a su barco. Mientras tanto sigue en mi casa no ya como esclavo sino como huésped y amigo.

El tiempo en que tardó Mousa en volver con su barco, viví espléndidamente atendi-



do, y todos los días íbamos al cementerio de elefantes, hasta que llenamos de marfil sus enormes almacenes, lo mismo que los demás mercaderes de la ciudad, a quienes, finalmente, tuvimos que revelar nuestro hallazgo.

Cuando llegaron los navíos, mi amo me hizo embarcar en el mejor de todos, y lo cargó hasta la mitad de marfil por mi cuenta, y nos dió abundantes provisiones para el viaje, y regalos de gran precio. Y nos despedimos con grandes extremos de amistad, pues habíamos llegado a ser excelentes amigos.

Nos detuvimos tan sólo lo preciso en algunas islas, para tomar agua, y luégo, para evitar los peligros del mar, pues llegábamos ya a la estación del invierno, desembarqué en las costas de la India, con el marfil que me pertenecía, y continué el viaje con una caravana de mercaderes de Ceylán.

De aquel marfil obtuve una verdadera fortuna, y con aquel dinero compré mil objetos curiosos para hacer regalos o para enriquecer mis colecciones.

Mi viaje por tierra fue muy largo, y sufrimos mucho de los grandes fríos al atravesar las montañas nevadas, pero todo lo soporté con paciencia, considerando que al menos no tenía que temer tempestades —salvo una muy furiosa de nieve, que nos puso en gravísimo pelgriro.

Por fin acabó mi fatigoso viaje, y llegué a Bagdad, en donde me presenté al califa para darle cuenta de mi embajada. El príncipe me dijo que mi tardanza le había inquietado mucho, y temido por mi vida. Pero que siempre esperó que Allah no me abandonaría.

Cuando le referí mi aventura con los elefantes, quedó tan sorprendido de su rareza, que se hubiera resistido a creerla, de no conocer mi sinceridad. Esta historia y las demás que le había contado, le parecieron tan curiosas y propias de ser recordadas, que mandó a uno de sus secretarios que las hiciese escribir en caracteres de oro para conservarlas en la biblioteca real.

Yo me retiré del palacio muy contento de los grandísimos honores y regalos que se me tributaron. Y desde entonces vivo retirado y sin aventuras en este palacio, con mi familia y amigos. Ya ves, hermano Ahmed, que mi vida ha sido tan azorada, que bien merezco ahora gozar de esta tranquilidad, que en el fondo cambiaría por tu juventud, único tesoro que nadie puede darme, y que cuando se pierde, no se encuentra más.

Había llegado ya la noche, y en el jardín temblaban sobre los cipreses las primeras estrellas. Una esclava trajo las lámparas encendidas, y la gran sala se iluminó de reflejos en los mármoles. Simbad había

cerrado los ojos, con la cabeza apoyada sobre la palma de la mano. Ahmed se levantó sin ruido, y saludando con una reverencia a los invitados del viajero, salió de la sala. Un esclavo vestido con tafetán blanco, le entregó una bolsa de cuero llena de monedas de oro.

Y el pobre Ahmed, que nunca se había visto tan rico, miró en la palma de su mano aquellas monedas relucientes, y pensó, mordido por el demonio de la aventura:

—Si comprase algunas mercancías, y me embarcase en Bassora...

En la gran sala silenciosa, Simbad oía en sus sueños el lejano ruido del mar.

F I N



La historia de bebé

es el álbum que necesita toda madre.

Es la historia ilustrada de la primera infancia del niño... Usted, señora, puede escribir con su propia mano esa historia.

La historia de bebé

lleva páginas artísticamente dibujadas con motivos propios del tema y con sitios en blanco para anotar aquellos acontecimientos simpáticos en la primera infancia del niño, más tarde motivos de agradables y sentimentales evocaciones...

La partida de nacimiento, la de bautizo... el primer diente, el primer retrato, la primera palabra que pronuncia, el primer cumpleaños... en fin, LA HISTORIA DE BEBE es algo nuevo para los padres.

Tamaño grande, pasta de lujo, \$ 5; por correo, \$ 5.40.

No deje usted de comprarlo, o siquiera de ver este álbum.

LIBRERIA COLOMBIANA

CAMACHO ROLDAN Y CIA. - S. A.

Calle 12, número 7-88.—Bogotá.—Apartado 199.

LAS CULEBRAS

Hoy me propongo tomar la defensa de los reptiles, especie de réprobos, objetos de horror casi para todas las personas. Ya mostré los servicios que nos prestan los murciélagos, a pesar de la repugnancia que nos inspiran, y en esos animales hice reconocer preciosos auxiliares, verdaderas golondrinas nocturnas, dedicados al exterminio de los insectos crepusculares. La razón nos ha mostrado al animal detestado como animal utilísimo. De igual manera voy a intentar hacer distinguir lo verdadero y lo falso en la historia de los reptiles. Empecemos por las sierpes.

Si para explicar nuestra aversión por los murciélagos, podemos invocar su configuración, que nos repugna por lo extraña, en las serpientes no encontramos los mismos motivos de repulsión. Su forma esbelta no carece de elegancia; la flexibilidad de sus movimientos ondulosos es graciosa; su piel escamosa está adornada de vivos colores, agradables por su simetría. Nuestra repugnancia tiene su origen en otra parte. Algunas serpientes son venenosas, están provistas de un temible aparato de muerte. Pero no son estas las serpientes con que quiero reconciliar a los niños. Si no dependiese más que de mí el aplastarles la cabeza a todas, de buena librería a la tierra de ellas. Otras, mucho más numerosas, están desprovistas de toda especie de aparato venenoso, y por lo mismo son perfectamente inofensivas, a menos que sean de un tamaño tal, que puedan hacernos daño con sus fuerzas musculares, lo que no es raro en los países cálidos del Ecuador; pero jamás se presen-

tan en Francia, donde la serpiente mayor no podría resistir los esfuerzos de un niño. Las unas son temibles a causa de su veneno, las otras no nos hacen correr peligro alguno. En Francia no existe más que una serpiente venenosa, la víbora; todas las demás son inofensivas, grandes o pequeñas, y llevan el nombre de culebras.

Las culebras no tienen ganchos venenosos en las mandíbulas; sus dientes son todos iguales, finos, sin fuerza, buenos para retener la víctima y ayudar a la deglución, pero insuficientes para producir una seria herida. Además, estos animales son muy tímidos: a la menor alarma se apresuran a huír. Si les es imposible la retirada, toman buena postura para asustar e imponer al enemigo; se enroscan en espiral, levantan la cabeza, la balancean, silban y tratan de morder. Pero no hay que asustarse de tales amenazas: un arañazo sin gravedad, parecido a un ligero alfiretazo, es lo peor que puede ocurrirnos. No hay nadie que al meter la mano en un matorral no se haya herido más gravemente con las espinas.

No digo esto para animar a nadie a coger estos animales y servirse de ellos como de juguetes; al contrario, deseo que los dejen tranquilos; pero también deseo disipar un espanto muy común entre la gente del campo. El miedo, mal consejero, jamás hace obra meritoria cuando lapida a la culebra encontrada en el agujero de una pared; el transeúnte la mata con un palo, si la encuentra atravesando el camino, y el segador, en medio de

las hierbas, le corta la cabeza con el dalle. Si no estuvieran movidos por un pavor insensato, dejarían a la culebra en paz, y las cosas no irían peor porque esos reptiles no solamente son inofensivos, sino que nos prestan excelentes servicios destruyendo, para alimentarse, multitud de insectos y de pequeños roedores y ratones campesinos.

Dicen que las serpientes fascinan a los pajarillos con la mirada y los atraen a sus fauces abiertas solamente por el poder de su aliento pestilente. Hay algo de verdad en esta observación, pero abunda más lo falso en ella, fruto de imaginación popular, que pone algo de hechicería en las costumbres de las serpientes. En primer lugar el aliento de una culebra y de una serpiente cualquiera nada tiene de pestilente, de atractivo mágico ni de sobrenatural. Queda la pretendida fascinación sobre el pájaro por la mirada dura y fija del reptil. Todo lo maravilloso que respecto de esto se cuenta se reduce en realidad a bien poca cosa.

Algunas de nuestras culebras son aficionadas a los huevos de pájaros. Trepan a los árboles, buscan los

nidos y se comen los huevecillos cuando las madres no están presentes para defenderlos. A más de un ladrón de nidos le ha ocurrido que, creyendo coger la nidada de un arrendajo o de un mirlo, ha encontrado bajo la mano, en el fondo del nido, el cuerpo frío y enroscado de un reptil. Yo he conocido alguno que, sobrecogido de espanto al contacto inesperado, cayó de espaldas de lo alto de un árbol y quedó deslomado. Las culebras grandes no se limitan a comer los huevos sino que devoran también a los pajarillos, aun a los que están fuera del nido, cuando pueden cogerlos, lo que afortunadamente no es fácil. Supongamos un pajarito novicio, sorprendido de repente por una culebra en la espesura de un matorral. El pobrecillo se ve súbitamente ante una boca horrorosamente abierta y unos ojos chispeantes que le miran con feroz fijeza. Espantado de terror, pierde la cabeza y no acierta ni a huir; bate las alas inútilmente, grita quejumbroso, y al fin se deja caer de la rama, paralizado, moribundo. El monstruo, que lo espía, lo recibe en sus fauces.

FABRE

(Continuará)

CUMPLEAÑOS

CHANCHITO cumple mañana un año, un año de labor constante en que no ha tenido otro pensamiento, otra preocupación ni otro anhelo que complacer y deleitar a los niños. El buen marranito siente muchísimo no poder invitar a su casa a sus queridos lectorcitos, porque no hallándose completamente restablecido de salud, tiene el propósito de salir mañana a pasar unos días en el campo. Por este motivo no aparecerá el próximo jueves 12 de julio.

EL VALOR DE GUILLERMO TELL

Alberto, Emperador de Austria, había resuelto subyugar a los suizos y hacer de su país un Estado hereditario de la Corona de Austria. Procuró conquistarse la amistad de los suizos más influyentes, con regalos y promesas, y los indujo a conferirle una especie de poder. Conseguido esto, mandó construir fortalezas en varios cantones y envió a sus gobernadores con orden de tratar al pueblo con la mayor severidad, apenas diera la menor señal de descontento.

Esta política, ideada con el objeto de mantenerlos sumisos, produjo un efecto contrario, excitando a los suizos a la revuelta, por lo cual el emperador se decidió a ocupar el país militarmente.

A los cantones de Schwiz y de Uri había mandado un gobernador, de nombre Gessler, extremadamente cruel, cuyo orgullo y altanería eran además insoportables. Gessler, viendo a los suizos sometidos, pensó que podía ultrajarlos y tratarlos como esclavos, y entre otras muchas humillaciones, plantó un día una estaca en la plaza pública, colgó en ella su propio sombrero y mandó que todo el que pasara adelante debía tributarle los mismos honores que se tributaban a su persona.

Cundió el temor entre el pueblo y la mayor parte de las gentes obedecieron. Pero hubo un hombre bastante digno y arrogante que no quiso someterse a esa humillación, y prefirió exponer su vida antes que manchar de este modo el honor de su pueblo: este hombre se llamaba Guillermo Tell.

Guillermo Tell, natural de Uri, se había conquistado fama de gran cazador por la seguridad y destreza con que disparaba sus flechas. Avergonzado de ver pisoteada la libertad de sus conciudadanos, reunió a

unos cuantos amigos y los indujo a presentarse con él en la plaza pública, para hacer mofa del sombrero del gobernador y desobedecer públicamente sus órdenes.

Así lo hicieron, y no faltó naturalmente quien corriera a denunciar el hecho a Gessler, el cual se apresuró a mandar prender a los infractores y hacerlos comparecer ante su presencia.

A las amenazas y preguntas del gobernador, contestó Tell con altanería y arrogancia. Entonces Gessler, enterado de que Tell era padre de tres hijos, imaginó una venganza terrible. Mandó traer a uno de los hijos y ordenó que se le atara fuertemente a un árbol. Hizo después que se le colocara una manzana sobre la cabeza y le dio a Tell la orden de que disparara una flecha contra la manzana, con la condición de que si la flecha no daba en el blanco ni tocaba al hijo, éste y su padre serían decapitados.

El estado de ánimo de Guillermo Tell en su crítica situación no puede describirse. Resistir era hallar una muerte segura; obedecer era bien doloroso para un padre. Optó, no obstante, por este último extremo, y en presencia del pueblo que lo contemplaba ansioso, y de Gessler, rodeado de esbirros, que se gozaban de su cruel venganza, con mano firme y mirada certera tendió el arco, esforzándose por asegurar el golpe.

Mientras tanto, el muchacho permanecía tranquilo: conocía a su padre y tenía puesta en él toda su confianza. En medio de un profundo silencio se oyó por fin el ruido de la flecha al rasgar el aire, y al mismo tiempo aparecía la manzana partida en dos y el niño ileso, a cuya vista el pueblo prorrumpió en un grito de entusiasmo y alegría.

LA DORADA ESCALERA DE RIPANCE

Un joven príncipe cazaba un día en un bosque de Alemania, cuando oyó a una muchacha que cantaba dulce y tristemente en la soledad. Siguió el sonido de la voz, y encontró una torre en la que no había puerta ni escalera alguna. Mientras buscaba él la entrada por entre los árboles, llegó cojeando una bruja y al acercarse al pie de la torre cantó:

—*Ripance! Ripance!*
echa tus cabellos
y subiré por ellos.

Una bella muchacha se asomó luego a la ventana en la parte superior de la torre, y desató sus doradas trenzas, tan largas que llegaban al suelo, y la bruja fue trepando lentamente por ellas.

—Ah! —dijo el príncipe— me serviré de esta dorada escalera!

Cuando la bruja se fue, él también cantó:

—*Ripance! Ripance!*
echa tus cabellos
y subiré por ellos.

Ripance la soltó, y él subió: pero, cuán admirada quedó ella cuando apareció él! Porque la muchacha no había visto antes hombre alguno, pues la bruja se la había llevado de la casa de sus padres cuando era bebé, y la había puesto en la torre donde había crecido sola. El príncipe la habló tan apasionadamente, que rindió pronto su corazón y ella prometió casarse con él.

—Ahora, querida mía —dijo el príncipe cuando oscureció— debo hallar una escala de seda para que puedas escapar, y te la traeré mañana cuando la hechicera se haya ido.

Por desgracia, Ripance era muy sencilla, y cuando llegó la bruja y trepó por la cabellera ella dijo:

—Cuánto tiempo tardáis en subir, abue-

la! El príncipe sube en un instante.

—¿Cómo? —dijo la bruja, cegada por la rabia. Después de tanto trabajo que he tenido en tenerte separada del mundo, sueltas la cabellera para dejar subir a un hombre? Vas a morir!

Cogió un par de tijeras y cortó el cabello de Ripance. En seguida la condujo a un desierto, y la abandonó allí a la muerte. La bruja volvió luego a la torre, y subió por medio de las doradas trenzas que había atado a un barrote de la ventana.

—*Ripance! Ripance!*
echa tus cabellos
y subiré por ellos.

cantó el príncipe, cuando llegó a través del bosque llevando una escala de seda. Al ver las trenzas, subió alegremente y entró en el cuarto.

—Ah, ah!— chilló la bruja viéndolo buscar a Ripance. El lindo pajarito no está en el nido, pues el gato lo ha matado, y el gato va a sacarte los ojos.

Arremetió contra el príncipe, y éste cayó por la ventana sobre un matorral, cuyas espinas atravesaron sus ojos. Después de vagar a tientas por el bosque, llegó al desierto y oyó a Ripance que cantaba dulcemente, en voz baja.

Siguió el sonido, y ella le vió y corrió a echarse a su cuello, llorando. Dos de las lágrimas humedecieron los ojos del príncipe, y éste recobró la vista.

La malvada bruja, que había estado observando desde la ventana de la torre, vio a los amantes encontrarse, y la felicidad de éstos la enfureció tanto, que de rabia empezó a dar cabezadas contra las paredes y se mató.

El príncipe condujo inmediatamente a Ripance al reino de su padre, y allí se casaron alegremente con gran pompa y esplendor.

EL VALOR DE GUILLERMO TELL

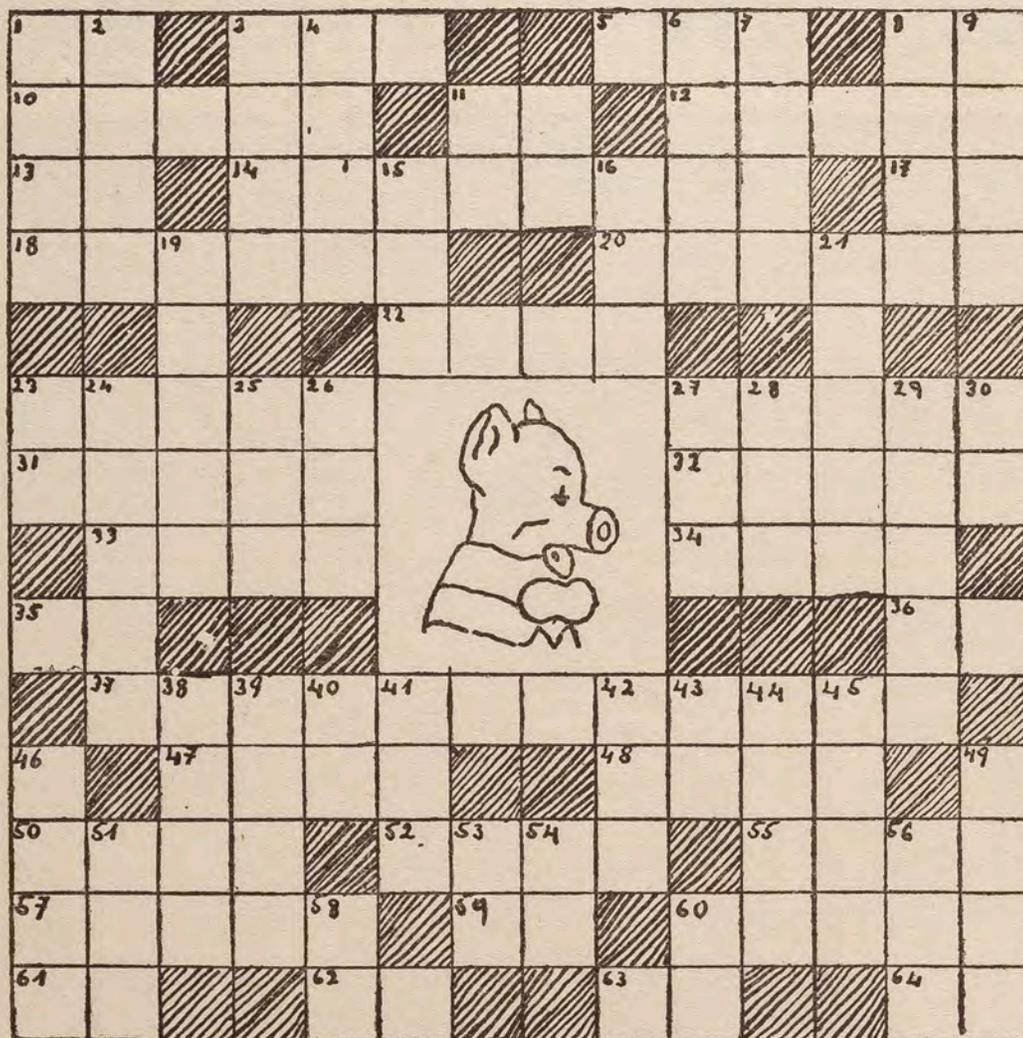
Al retirarse Guillermo Tell, cuentan que se le cayó otra flecha que llevaba escondida.

¿Qué pretendías hacer con ella?— le preguntó Gessler.

—Pensaba dirigirla contra tu corazón, si hubieras tocado a mi hijo.

Al cabo de poco tiempo, el mismo Guillermo Tell, para salvar a su pueblo, mató de un flechazo al infame gobernador.

CRUCIGRAMA



Horizontalmente:

Verticalmente:

1. En la baraja.—3, Preposición.—5. Altar.—8. Bebida.—10. Caja que tiene un vidrio y dentro una luz.—11. Nota musical y artículo.—12. Pronombre dem. pl.—13. Contracción.—14. Bella capital de Departamento en Colombia.—17. Negación.—18. Venida al mundo.—20. Figura de dioses falsos a que se da adoración.—22. El Autor de todas las cosas.—23. Del verbo casar.—27. Planta o vegetal corpulento.—31. ALAMO.—32. De poca inteligencia.—33. Pron. dem. pl.—34. ANEA.—35. Voz de mando.—36. Interjección.—37. Acción y efecto de ofrecer.—47. Especie de venado o ciervo de grandes cuernos, polar.—48. Verbo muy parecido a roer.—50. Del verbo creer.—52. De lo que sacó Dios el mundo.—55. La chiquita que llevaba Tía Pasitrote en el gogote.—57. Del verbo huír.—59. Artículo definido neutro.—60. Piedra que sirve para los enlosados.—61. Interjección formada de dos vocales.—62. Del verbo saber.—63. Dativo de pronombre personal de 3ª persona.—64. Artículo y nota musical.

1. Lo que trae cada día.—2. Pieza principal de una casa.—3. Del verbo comer.—4. Percibid un olor.—6. Del verbo reír.—7. Burro o pollino.—8. En la música es mayor o menor.—9. ESOS.—11. Dativo de pronombre de 3ª persona. El que sigue, contracción.—15. Entregad.—16. Azucena que figura en algunos escudos de armas.—19. Habitaciones.—21. Que se halla en libertad.—23. Interjección.—24. Alar.—25. Quiero o estimo muchísimo.—26. Contracción de nosotros.—27. Del verbo atar.—28. Bebida escocesa o jamaicana.—29. Se dice del día cuando está nublado y oscuro.—39. Lo mismo que el 11.—38. Del verbo freír.—39. Expresar alegría con la boca.—40. Preposición.—41. Preposición.—42. Cólera.—43. Igual al 61 horizontal.—44. Capitán de submarino en una novela de Julio Verne.—45. TRIS.—46. Del verbo echar.—49— Habitación.—51. Palabra un poco rara que significa calle.—53. Contracción.—54. Nota musical.—56—TAL.—58. Del verbo ser.—60. Igual al 11.

NOTA—Las palabras que van en mayúsculas son las verdaderas. Las hemos puesto para guiar al lector y facilitarle el trabajo.

JUEGOS INFANTILES

EL GATO Y EL RATON

Este juego es tanto más animado e interesante cuanto mayor sea el número de niños que toman parte en él. Uno de ellos hace de Gato y otro de Ratón; los demás se cogen de las manos y forman una rueda, como se ve en el grabado. El Ratón se coloca dentro de la rueda, y el Gato se queda afuera, y entre ellos se establece este diálogo:

Gato.—A que te cojo, Ratón?

Ratón.—A que no, Gato ladrón!

Gato.—Apostemos una mogolla y un chicharrón.

Ratón.—Apostemos.

Entonces se estrechan los dedos meñiques, y cortan con la mano, en señal de que aceptan la apuesta, y empieza la persecución. Los de la rueda favorecen siempre al Ratón, y alzan los brazos para que pueda salir o entrar, y se oponen, bajando los brazos, a que lo haga el Gato. La persecución puede hacerse dentro o fuera de la rueda y aun por diversas partes del lugar donde se juega. Si el Gato logra atrapar al Ratón, salen otros dos niños, y el juego recomienza.

Biblioteca Infantil.

PARQUE DE LA INDEPENDENCIA

OBRAS DE SATURNINO CALLEJA:

La Senda de la Fortuna.

El viaje del Sueco Rojo al país extraordinario.

Las famosas Aventuras del invencible Tipatán.

Robinson Crusoe.

Los cuarenta Ladrones.

Cuentos de Calleja en colores.

Las Veladas de la Quinta.

El Cantarito de Lágrimas.

Aventuras del Barón de la Castaña.

Viajes por Europa.

Viajes por América.

Kakatikán.

El Pez de Oro.

El Mundo y sus divisiones.

HORAS DE LECTURA:

**TODOS LOS DIAS, EXCEPTO LOS LUNES, DE LAS 9 A LAS 12
Y DE LAS 12 1/2 A LAS 5. LOS DOMINGOS, DE LAS 10 A LAS 12.**

VAJILLAS DE PORCELANA Y PEDERNAL

Loza blanca
y decorada.

Artículos de esmalte
y de aluminio.

PRECIOS BAJOS
BUENAS CALIDADES

CORTAZAR HERMANOS

1.ª CALLE DE FLORIAN



*Ahora comprendo
por qué fuma papá!*

SERVIR ES PROGRESAR

Siempre a sus órdenes

EXPRESO RIBON

Para sus transportes rá-
pidos a todo el país.

Bogotá carrera 8a.,

La simpática y bella Re-
vista Infantil

“**CHANCHITO**”

se reparte rápidamente por el

“**EXPRESO RIBON**”

PARA NIÑOS Y NIÑAS:

Ferrocarriles con rieles, túneles y es-
tación, en todos tamaños, desde
\$ 1.00 hasta \$ 10.00.

Cajas de mecanos para todas las
combinaciones mecánicas.

JUEGOS DE CROQUET. - Juegos
combinados en cajas de cinco.

Automóviles en todos estilos.

Caballos, osos, perros, vacas, etc.

Juegos de té, bañitos, teléfonos, ca-
mitas, pesebres, muñecos y muñecas.

Y TODO LO QUE UD. PUEDA
DESEAR PARA OBSEQUIAR UN
NIÑO DESDE RECIEN NACIDO

ALMACEN DEL CENTRO

A. DUFFO

BOGOTA - CALLE 12, No. 6-47.

NIÑOS

Aprovechen los domingos para pasear con sus familias en los trenes de recreo, beneficiándose con el reducido valor de los pasajes que les ofrece el

CONSEJO ADMINISTRATIVO DE LOS FERROCARRILES

El pasaje hasta Apulo, de un sábado a lunes, en primera clase, incluyendo el servicio del hotel, sólo cuesta \$ 9.80. El pasaje de ida y regreso al Salto de Tequendama, en sábado o domingo, y en primera clase, vale \$ 0.50. En el magnífico hotel del Salto se les atenderá por un precio muy módico.

JUVENTUD DE AHORRO, VEJEZ DE ORO

EL PORVENIR ES INCIERTO - ECONOMICE USTED ALGO DE LO QUE GANA
TODOS LOS DIAS - LLEVE SUS AHORROS
A LA

CAJA COLOMBIANA DE AHORROS

PLANTA BAJA DEL EDIFICIO DEL BANCO DE LA REPUBLICA, Y SOLICITE UNA PRECIOSA AL-CANCIA PARA EL AHORRO EN EL HOGAR

BANCO CENTRAL HIPOTECARIO

Cédulas de Acumulación, de
Capitalización y de Renta.

**Asegure
el porvenir
de sus hijos**

CONSIGNE UD. \$ 8.07 el 1.º de cada mes y al fin del año recibirá una cédula de \$ 100.00.

CONSIGNE UD. \$ 3.61 al principio de cada semestre y a los diez años recibirá \$ 100.00.

CONSIGNE UD. \$ 100.00 y a los veintitrés años y medio recibirá \$ 400.00.

CONSIGNE UD. \$ 1.000.00 y después de cinco años se habrá asegurado una renta mensual.

LA LOTERIA DE CUNDINAMARCA

DARA A USTED POR SOLO \$ 0.20

UN PREMIO DE \$ 700-00

POR SOLO \$ 2-00

UN PREMIO DE \$ 7.000-00

**Cinco sorteos y cinco premios mayores
CON SOLO UN BILLETE**

10.000 PREMIOS

GRAN SORTEO EXTRA-GRATIS TODOS LOS AÑOS
PARA LOS NO FAVORECIDOS EN DINERO